

2 Corintios 5:11-6:2**Introducción**

Este mes de octubre terminamos la serie de temas de auto-evaluación y diagnóstico como iglesia luterana en el Paraguay. Este mes estamos tratando el tema “misión”.

1. Fe y reconciliación

Dice “Ro. 10:17: *La fe es por el oír...* Creer es confiar en los méritos de Cristo y estar seguros de que por medio de Él desea Dios reconciliarse con nosotros.”¹ Esta confianza en Cristo salva al hombre de su maldad, lo hace libre de sus pecados, le quita el peso de la culpa. La fe en Cristo hace que seamos personas nuevas. Así dice san Pablo: De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo... Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados. (2 Co 5:17-18, 19). Y escribe Lucas: [Jesús] les dijo: --Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciera y resucitara de los muertos al tercer día. (Lc. 24:46).

“Molesta a algunos la palabra [*la fe*] sola [*justifica*], aun cuando Pablo dice, Ro. 3:28: *Concluimos que el hombre es justificado por fe sin las obras*. Asimismo, Efe. 2: 8-9: [*la fe*] es don de Dios, no de vosotros, no por obras, para que nadie se gloríe. Y en Ro. 3:24: *Justificados gratuitamente*. Si no les agrada la palabra [*la fe*] sola, quiten también de los pasajes de Pablo las palabras tan exclusivas: gratuitamente, no por obras, es don, etc. Porque también estos vocablos son exclusivos... [Al enfatizar esto] la idea de mérito [propio] es lo que rechazamos. [Pero] asimismo, el amor y las obras deben seguir a la fe. Por tanto, no las excluimos, negando que deben seguir a la fe. Las excluimos tan sólo como confianza en nuestro amor y en nuestras obras como méritos para nuestra justificación.”²

Veamos con un ejemplo de la vida diaria el valor que tiene ser justos ante Dios por la fe en los méritos de Cristo. Supongamos que Juan le regala a Pedro un CD de música. El disco compacto tiene canciones de música clásica, que son valiosas e importantes para Juan. Piensa que de este modo podrá agradar y “caerle bien” a Pedro, al darle un lindo presente. Pero resulta ser que Pedro no quiere saber nada de la música clásica. Lo que a él le interesa y le gusta oír es el *reggaetón* y la *cumbia*. Sin embargo, Pedro, al recibir el regalo de parte de Juan, lo mira a los ojos y lo acepta con gusto. No critica Juan, no le pide otro regalo, sino que se le agradece de corazón. Por ser su amigo Juan quien le da este presente, Pedro lo toma en su mano y la acepta con agradecimiento. Pedro valora y estima mucho a Juan porque una vez, cuando estaba en apuros, Juan le salvó la vida. Y desde entonces se formó un vínculo de confianza y amistad imposible de romperse.

Jesús les dice: “Ustedes son mis amigos”. Por ser Cristo amigo de los injustos y pecadores, y porque estos hombres pecadores e imperfectos tienen por amigo a Cristo,

¹ AP art. IV, § 69.

² AP art. IV, § 73-74.

Dios, en lugar de rechazarlos, también los acepta y recibe como amigos. Y más que eso: Dios los adopta como hijos suyos, y los considera buenos e inocentes. Y todo esto, por causa del Hijo Jesucristo. Así también, Dios te acepta a ti en su casa y ve como buenas tus obras, te valora y te ama incondicionalmente, no por el regalo que le puedas ofrecer, como Juan le ofreció a Pedro, sino por la fe y amistad que tienes en la persona y obra de Cristo, que es su Hijo y nuestro amigo. Tus obras son buenas y agradables a Dios, no por las obras en sí, sino por causa de la sola fe en Cristo.

Por lo tanto, no es el tamaño de la obra nuestra lo que le interesa a Dios. Lo que le interesa a Dios es que sea hecha estando en Cristo, es decir, estando en amistad con Él. De nada sirve que hagamos muchas y grandes cosas, sea en la iglesia, sea en el trabajo, sea en la vida en general, o que seamos reconocidos públicamente por los hombres, si esas obras las hacemos para jactarnos delante de Dios, o si las hacemos estando peleados con Dios, sin paz interior. Y aquí se establece la relación entre justificación por la fe y misión.

2. Reconciliación y misión

Cuenta la historia que una luciérnaga iba por el camino, y de repente le sorprende una serpiente, que se interpone en su camino, y le dice: ¡Voy a comerte! A lo que la luciérnaga le contesta: ¿Cómo, no era que tú no comías luciérnagas? ¿Por qué pretendes comerme tú a mí? Y la serpiente le respondió: Es que no puedo soportar que brilles, no puedo permitir que otros vean tu luz.

Envidias, amarguras, intolerancia, falta del respeto al prójimo, suelen interponerse en el camino. Unas veces puede que seamos nosotros la serpiente que intenta comer al otro, otras veces puede pasar que nosotros seamos la luciérnaga que la serpiente intenta comer. Como sea, se hace necesario que un tercer personaje aparezca en la historia e intervenga, para que la serpiente reciba su castigo, y la luciérnaga se salve. Este tercer personaje es uno llamado “don testigo”. Como escribe san Lucas: Se predicará en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos. (Lc. 24:47-48). Y dice san Pablo: Nos dio el ministerio de la reconciliación... Nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogara por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. (2 Co. 5:18, 19-20).

La misión de “don testigo”, es reconciliar a las partes distanciadas, la de anunciar en el nombre de Dios la “palabra de la reconciliación”. Esta palabra, en forma de ley y evangelio, condenará el pecado de la serpiente, y por otra parte consolará a la luciérnaga. Pero el objetivo es que ambas partes vuelvan a ser amigas, que haya arrepentimiento y perdón, que otras vez se tiendan la mano sin rencor. Y ese “don testigo”, eres tú por ser cristiano, ya sea en lo privado, ya sea públicamente.

Lo que pasó en verdad, con la serpiente, que es no pudo ver que la fe en Cristo justifica y salva, que delante de Dios no es necesario la fama y el honor propio para ser aceptados por él. Dios se agrada de nosotros por causa de la fe en Jesús. La fe en Cristo es lo torna a una persona agradable y bella delante de los otros de Dios, porque Cristo es bello, santo e inocente, perfecto y sin mancha alguna. La fe en la sangre de Cristo derramada en la cruz por nuestros pecados, nos sana y nos limpia de toda maldad. Es decir, nos tornan personas bellas y aceptables y muy estimadas para Dios, no importa el aspecto físico que usted tenga, sin importar cuánto dinero tenga en su bolsillo, y sin importar si tienes una opinión triste y deplorable acerca de ti. Por la fe en Jesucristo, es Dios Padre el que te ama y te estima. Por eso, tener la fe en Cristo es tener la “Cristo-estima”.

Conclusión

¿Cuántas personas saben de que son aceptables y valoradas por Dios mediante la sola fe en Cristo, sin necesidad de las obras? ¿Cuántos de nosotros hacemos por la fe en Cristo las cosas de cada Dios? ¿Cuántos todavía intentan justificarse o excusarse mediante sus propias obras, y todavía no se arrepienten? ¿Queremos vivir la reconciliación que Dios nos dio? ¿Vamos a ir como testigos al encuentro de las serpientes y luciérnagas? ¿Hasta cuándo vamos a seguir escondidos detrás del disfraz y de la idolatría de la auto-estima, en lugar de abrir nuestro corazón a Dios para recibir de él una nueva y consoladora “Cristo-estima”? Es hora de reflexionar y de actuar como iglesia luterana, como IELPA. Amén.